

Antonio Forcellino
y Brunella Schisa

LA HUELLA DEL ÁNGEL

algaida
eco

Título original *Lo strappo*
Editado en Italia por Fanucci Editore
Via delle Fornaci, 66 - 00165 Roma

© Antonio Forcellino y Brunella Schisa, 2008

© Traducción: M.P.V., 2008

© Algaida Editores, 2008, 2011

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-647-8

Depósito legal: NA. 1.419-2011

Impresión: RODES, S. A.

31200 Estella (Navarra)

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

PERSONAJES

MARIA AMBROSIO, detective del Departamento de Policía de Los Ángeles, 32 años, italoamericana.

IBRHAIM HAMET ASFÀ, director del museo de Bagdad, 66 años, iraquí.

JOSEPH CONNORS, islamista, profesor universitario de la Universidad de Los Ángeles (UCLA), 52 años, americano.

TOMMASO CONTI, restaurador, 38 años, italiano.

ANDREA DENTICE, ayudante restaurador, 25 años, italiano.

MARC FARRELL, teniente del Departamento de Policía de Los Ángeles, 38 años, americano.

ROSALIA FONSECA, decana de la facultad de Historia del Arte Medieval de la Universidad La Sapienza de Roma, 56 años, italiana.

FANNY HILL, actriz, 45 años, americana.

EMMA MONTICELLI, investigadora de Historia del Arte, 29 años, romana.

WILLHELM NUDAL, obispo, 96 años, alemán.

DENNIS QUILE, director del Museo Getty de Malibú, 53 años, americano.

KURT APPLGATE, 30 años, americano.

SABER OMAEV, 27 años, americano.

MARTES 14 DE MARZO
MUSEO GETTY, LOS ÁNGELES
4.30 PM

EL DIRECTOR DEL MUSEO PAUL GETTY DE LOS ÁNGELES, Dennis Quile, no dejó de perseguir al arquitecto Richard Meier durante la larga fase de construcción del nuevo museo californiano para tener en su despacho una ventana grande como el horizonte. Tal persecución la recordaba irónicamente Meier y quedó reflejada en una de las dedicatorias de los primeros bocetos en carbón del conjunto del edificio que regaló a Quile: «Al más culto y obsesivo comprador de América», ubicado en el centro de la pared violeta, a la izquierda de la gigantesca mesa del director, en un marco italiano del siglo xvii cuyo dorado ya comenzaba a mostrar el precioso color rojo del bolo arménico. Ahora, en la parte más alta de la Acrópolis de Los Ángeles, construida con una cierta dosis de presunción en mármol travertino proveniente de la misma cantera de la que, según se dice, extrajeron el que emplearon en el Coliseo de Roma, estaba sentado frente a esta magnífica ventana, que encuadraba esa parte de océano que queda frente al muelle de Santa Mónica, donde comenzaban a brillar las primeras luces del carrusel más alto de la ciudad hasta

los acantilados de Malibú, en el momento en que el sol empezaba a adentrarse en el mar tiñéndolo de dorado.

Dennis Quile, sin embargo, no estaba contemplando el océano al atardecer, sino la pantalla de cristales líquidos de su Nokia, que mostraba una imagen que le habían enviado desde muy lejos. Una pared pintada con un compacto fondo rojo cianabrio, delimitado en su parte superior por un follaje estilizado en tonos blancos y verdes. Más allá del marco se veía la mampostería, que habían dejado en un estado tosco, con grandes piedras y poca argamasa en las juntas; y en la parte de abajo, en el lado derecho, la cara de un joven de belleza celestial. Un rostro ovalado perfecto, dos ojos almendrados trazados con firmeza por una línea roja y negra, la nariz recta, ligeramente hacia arriba, dos aletas en los orificios nasales, la boca roja con el labio inferior formando un pequeño arco que sugería una sonrisa de beatitud. Las radiantes mejillas aparecían sonrosadas como los pétalos en primavera, y en la frente un lazo que se movía con el viento sujetaba el pelo castaño, dibujado a mechones regulares con pinceladas oscuras y ondas en gradación, como el mar que durante la tempestad se aplaca en una bahía. Alrededor de la cabeza, un hilo dorado delimitaba una aureola violeta atravesada en el lado izquierdo por una lanza con el asta amarilla y la punta blanca. Sin lugar a dudas se trataba del ángel Gabriel. Sobre el fondo rojo, a la derecha del rostro, podía distinguirse una leyenda blanca con caracteres latinos y

abreviaciones características del siglo IX —G. 715—, que despejaba cualquier posible duda sobre la identidad de la figura.

La belleza apolínea permitía asimismo datar la imagen en aquel siglo, un periodo en el que en muchos centros del Mediterráneo se seguía todavía el canon refinado de la pintura romana. Los ojos, remarcados por un contorno rojo, traían a la memoria muchas pinturas similares, y la boca entreabierta, los labios carnosos, las dos pequeñas curvas regulares, aún percibiéndose la influencia bizantina, mostraban a todas luces una concreción latina. La mano que sujetaba con fuerza la lanza apenas se veía y en el lado opuesto, bajo las sombras negras del fango incrustado en el lienzo, se observaba una mano cerrada bendiciendo sobre la cabeza de un monje arrodillado, retratado en un tamaño inferior, como era habitual para indicar la jerarquía de la santidad. La armadura en cuero y oro que revestía hasta la garganta al ángel estaba dibujada minuciosamente, con trazos algo anchos de cal y perlas blancas para perfilar el cuello. El lado izquierdo de la pintura aparecía oculto tras un muro de piedras irregulares, trabajadas a golpe de cincel, que se abría sobre la escena sagrada como una ventana. Los colores eran tan vivos que parecían recientes.

La sorpresa fue tal que los labios se abrieron como para hablar con un interlocutor ausente:

—¡Dios mío! ¡Es maravilloso!

Se había quitado las gafas y acercaba los ojos a la pantalla hasta casi tocarla con la nariz, moviendo

lentamente la pantalla para ver lo mejor posible. Sin apartar la mirada del móvil, trajinaba tratando de conectar el teléfono al ordenador y transferir la imagen, seguro de que así la vería mejor, sobre una pantalla de treinta pulgadas.

Fue entonces cuando advirtió detrás de él la presencia demasiado cercana del empleado de la limpieza, que había entrado en el despacho tras un tiempo suficiente como para haber terminado la limpieza más exhaustiva. Se dio la vuelta y se topó con la mirada sonriente de un hombre de piel oscura, alrededor de los treinta años. Delgado, de estatura media. Notó el corte de los ojos algo almendrados que revelaban un origen caucásico, mezclado con rasgos aparentemente árabes. Sonreía con los ojos negros enmarcados por unas gruesas cejas, y por un instante Dennis Quile pensó que se había acostado con él. Los brazos al descubierto por las mangas cortas del uniforme eran de piel oscura, musculosos, y prometían un cuerpo igualmente musculado. «Es imposible, no salgo nunca con los empleados. Quizás lo he conocido fuera sin saber que trabajaba aquí y me ha reconocido. Por otro lado Los Ángeles no es tan grande como dicen», pensó. Intentaba concentrarse para adoptar un aire impo- nente en el caso de que el joven se permitiese tomar más confianza de la debida. El joven, por su parte, seguía sonriendo mientras se metía una mano en el bolsillo del pantalón de algodón verde del uniforme. En un abrir y cerrar de ojos, la tela se movió hacia adelante por algo que no era la mano.

Quile sentía curiosidad y al mismo tiempo se sentía paralizado ante aquella protuberancia cada vez más evidente, y pensó que bajo el pantalón no llevaría ropa interior. Su mirada iba del rostro a la entrepierna del joven, y dudaba sobre lo que tenía que hacer. El joven se le acercó hasta situar la entrepierna a muy poca distancia de sus ojos, de modo que Quile podía sentir incluso su olor. No se decidía a terminar la operación, y seguía apretando con la mano izquierda el móvil y con la derecha el ratón del ordenador. Sin sacar la mano del bolsillo, el hombre mostró la otra, que hasta entonces había ocultado tras la espalda, y apenas si tuvo tiempo Dennis de ver una cuchilla en la que brilló un rayo rosado.

La sangre llegó hasta la librería, donde manchó las ediciones más importantes de arte de las últimas décadas. Una mancha de color púrpura se plasmó en el cristal diseñado por Meier, superando el marco dorado para realzar como una mariposa valiente el perfecto perfil blanco y negro del monumento que le había valido al arquitecto el apelativo de «la voz final del modernismo del siglo xx».

La cabeza casi separada del tronco por la cuchillada descansó sobre el pecho del director del Getty, y la cómoda silla ergonómica, personalizada en piel violeta del mismo color que las paredes, abandonó el cuerpo sin vida, que se desplomó sobre la mesa.

El hombre se quitó los guantes de caucho y se puso unos de látex, se arrodilló debajo de la mesa para recuperar el móvil antes de que se manchara

de sangre, luego sacó una llave electrónica que le colgaba del cuello y la instaló en el *hardware*. Cogió del carrito un *brick drive*, una pequeña caja que parecía fabricada con las piezas del Lego, y lo conectó al ordenador encendido. Éste empezó a reaccionar encendiendo y apagando tres lucecitas amarillas. Movi6 el rat6n alej6ndose de la sangre cada vez m6s viscosa, y copi6 el disco duro. Luego quit6 la llave e introdujo una m6s grande. El ordenador se puso a delirar como si tuviera fiebre y los cinco ventiladores del G5 se pusieron a dar vueltas tan r6pido que la mesa no dejaba de temblar. Mientras contemplaba el efecto del sabotaje, sin demostrar ninguna sorpresa, el hombre se quit6 el uniforme de algod6n manchado de sangre. No llevaba ropa interior, aunque ahora su piel no parec6a tan amenazadora. Se levant6 la blusa verde y desenroll6 una t6nica 6rabe larga hasta los pies. Sustituy6 los zuecos sanitarios con sandalias de piel, meti6 la caja y las llaves en una bolsa de tela marroqu6, se la colg6 a modo de bandolera, y se dirigi6 al pasillo que llevaba a la plaza del museo. El reflejo dorado esparcido por el cielo en el atardecer daba color a la cubierta de m6rmar travertino.

Los ricos de los alrededores de Bel Air, los principales financiadores del museo, hab6an obligado al arquitecto y al museo Getty a cambiar los materiales del proyecto, descartando un m6rmar demasiado blanco que, seg6n ellos, contrastaba horriblemente con el oc6ano, destruyendo las vistas de las que disfrutaban las villas m6s bonitas de la colina de Bel Air.

El travertino era ligeramente dorado y capaz de absorber los colores del cielo, pasando del violeta azulado del amanecer, cuando los financiadores, ayudados por la ebriedad alcohólica de vuelta de fabulosas fiestas, lo veían como una aparición mediterránea, al amarillo anaranjado del atardecer, cuando los visitantes salían encantados de las galerías internas para sentarse alrededor de las fuentes y bajo los pórticos protegidos por pantallas de cristal puntualmente immaculado. Siempre que no hubiera una nube de contaminación que interceptase los colores.

La tarde de marzo era bonita, como debe ser una primavera californiana, y entre los visitantes más extasiados, una mujer muy elegante discutía con su pareja cerca de la fuente redonda emplazada justo en el centro de la plaza principal de la nueva Acrópolis. Presumía aposta de su acento francés.

—Es el lugar menos americano de América. Estos edificios tan pequeños intentan en vano adecuarse a la medida del hombre. El cielo alrededor, justo como en Atenas —pronunció «Atenas» como si estuviera en un distrito de París, llena de orgullo patriótico. Su pareja se defendió tímidamente hablando con un acento americano cerrado propio de Boston.

—Vale, ¡pero qué importa! Es una arquitectura muy acogedora, una interpretación contemporánea del clasicismo renacentista propuesta de nuevo con el rigor protestante y la poesía cortante de Dennis Hopper.

La mujer se dio la vuelta hacia el desconocido con la jalabiya que pasaba con prisas y se dirigió a él con un aire inquisitorio:

—¿A usted le gusta este sitio? ¿Le provoca sensaciones agradables..., acogedoras?

El caucásico miró a su alrededor y observó la plaza como si la viese por primera vez.

—Sí, claro, me gusta mucho —dijo con tono decidido alejándose sin querer parecer descortés.

Sintió la voz detrás de él.

—Me pregunto qué es lo que pensaría de este sitio el viejo Paul Getty, que lo financió. El más americano de todos los hombres, con esa riqueza asombrosa construida de la nada. Al menos él quiso un museo «Americano». ¡Una hortera villa pompeyana y no una refinada Acrópolis minimalista! Falsa, a pesar del travertino de Roma.

El hombre no atendió a la respuesta, seguía su camino cuesta abajo hacia la salida. Pero escuchó el rumor tranquilo del agua, sintió la certeza de la piedra clara que se apagaba junto al cobalto del cielo sobre la bahía de Santa Mónica. En otra ocasión, pensó, le hubiera gustado sentarse para observar con atención la gran rueda luminosa del muelle de Santa Mónica, que comenzaba a brillar en contraste con el mar inmóvil. Un día volvería.

Superó a un escandaloso grupo de la costa oriental que venía a criticar la nueva extravagancia californiana, aquella ciudad construida encima de la colina, sobre el océano. Se dirigían hacia la estación del pequeño tren cremallera, donde se amontona-

ron para que los llevaran hasta el valle. Una mujer corpulenta perfumada de Opium pegó el pecho a su espalda rozando su regazo contra sus nalgas desnudas cubiertas apenas por un algodón ligero. Creía que un árabe no resistiría la llamada de sus noventa quilos, como había experimentado en sus tardes por Nueva York rozándose con todos los chicos negros durante el trayecto en metro desde la 72 hasta Harlem. El joven se apartó bruscamente de la mujer en cuanto vio un asiento de plástico naranja vacío, que acababa de quedarse libre después de que una madre latina cogiera en brazos a su hijo para sentarlo sobre sus rodillas.

Sentado en el brillante vagón de acero observó abajo las luces de la ciudad, que se sobreponían a la luz muriente del día. En la autopista de San Diego se movían seis filas de automóviles en paralelo, todas a la misma velocidad, como si estuvieran sobre una cinta transportadora. Lo mismo ocurría en los seis carriles que procedían en sentido contrario. En Los Ángeles el tráfico a la hora punta no era como en otras capitales occidentales, del centro hacia las afueras. La ciudad no tenía ni centro ni direcciones y millones de coches se movían hacia los cuatro puntos cardinales formando grandes serpientes de luces que cortaban la parrilla octogonal de las avenidas sin solución de continuidad con el horizonte infinito todavía resplandeciente.

El tren cremallera se detuvo en el centro de un inmenso aparcamiento, donde un Plymouth gris metalizado con un hombre pelirrojo al volante le

estaba esperando. Tras guardar cola durante un centenar de metros, se adentraron en el río silencioso de los automóviles que acababa de observar desde arriba. Unos kilómetros más tarde, tras el cruce con la línea de ferrocarril Santa Mónica, cogieron hacia el Washington Boulevard, donde el tráfico era más fluido, y se detuvieron delante de una pequeña casa en Del Rey, uno de los distritos menos ricos de la ciudad.

Entraron en casa y finalmente pudieron controlar la memoria del móvil. La primera imagen que apareció en la pequeña pantalla los dejó turbados, se miraron sin saber qué pensar.